

Las razones de Jonás y las razones de Dios

A raíz del atentado del 11 de septiembre y de todo lo que está sucediendo a partir de él, me ha venido reiteradamente a la memoria por varios motivos el libro de JONÁS. Quizá a otros parezca lejano e incongruente, pero para mí ha sido una clave para interpretar los sentimientos de muchos, y en parte los míos, así como los de Dios, y la pedagogía con que Dios quiere llevarnos a transformar nuestros sentimientos asumiendo sus razones y su sentir.

Como a mí me ha hecho bien, les propongo esta parábola por si quieren dejarse afectar por ella.

Género literario y propuesta

La profecía de Jonás es heterogénea de las demás. No está datada ni fechada. No sabemos de qué tribu ni de qué lugar era el profeta. Él nos dice que es hebreo y que adora al Dios del cielo que hizo el mar y la tierra firme (1,9). El ambiente de este primer capítulo nos remite al helenismo, un tiempo en que conviven razas, culturas y religiones, un tiempo mundializado (tomando una expresión actual) en el que el comercio se extendía desde el norte de la India y el sur de China hasta el fin de la tierra en el occidente, donde tras las columnas de Hércules estuvo el reino fabuloso de Tarsis. Según los lingüistas, aunque el hebreo de este libro es clásico, el vocabulario es algo tardío, y además no está en verso como lo está la profecía clásica, sino en prosa. Según esto, el libro no sería la profecía histórica de un autor del siglo VIII que profetiza contra el imperio asirio sino un cuento inspirado de un judío genial que proclama como designio de Dios la salvación de los enemigos de Israel, en un tiempo de nacionalismo excluyente, apoyado en una interpretación restrictiva de la elección, cuando se ordena purificarse de todo contacto

con extranjeros hasta deshacer los matrimonios mixtos (Esdras 9 y 10; Ne 10,31; 11,23-30), cuando se componen los salmos del Dios nacionalista a quien se honra vitoreándolo en la garganta mientras se empuñan espadas para tomar venganza de las naciones paganas (149,6-7), a quien se pide poder estrellar contra las piedras a los niños de la capital del imperio que los oprime (137,8). Cuando se componen dos libros de Judit y Ester en los que el Dios del cielo salva a su pueblo y mata a sus enemigos, en ese mismo tiempo un judío que miraba más allá porque su Dios era más trascendente, el Dios que mandó salir a Abrahán de su tierra para que su nombre fuera bendición de todas las naciones (Gn 12,3), imagina una historia revulsiva, difícilmente asimilable para esa religión fundada en el privilegio y la separación, y que sin embargo fue incluida en el canon hebreo como palabra inspirada por Dios. Lo que significa que fue una palabra que no volvió a Dios sin cumplir su cometido (Is 55,11) sino que fue acogida por un sector que, si no tuvo influencia para convertirla en ambiente social y legislación ciudadana, sí tuvo autoridad como para hacerla valer como palabra de Dios, como horizonte trascendente a contrapelo de la dirección dominante del judaísmo, salvándolo de entregarse completamente al particularismo sectario.

Un rasgo muy elocuente de que el autor escribe en una época no oral sino literaria, como es la helenista, cuando ya se habían recopilado los escritos antiguos tenidos como fundacionales, es la cita textual que hace (4,2) de un pasaje del Exodo (34,6). En este paso, que es la clave del libro, el autor se remite a un texto canónico para avalar su posición, a contracorriente con la de la mayoría de los líderes religiosos.

Por qué no quiere ir Jonás a Nínive

¿Qué dice el libro de Jonás? Dios envía a Jonás a Nínive a proclamar que su maldad ha llegado hasta él (1,2). Pero Jonás, en vez de obedecerle, huye de Dios y se embarca a Tarsis. Nínive está al noreste de Judea y Tarsis al extremo oeste. ¿Por qué huye Jonás?

Se ha visto en esta figura a alguien cabeza dura que no quiere obedecer a Dios porque no le sale, digamos porque no le da la gana. Jonás sería así un tipo recalcitrante que vive su vida y no quiere que Dios se inmiscuya en ella. Desde este punto de vista, el libro no pasaría de un episodio curioso y algo chocante, que se vuelve francamente pintoresco en el lance del pez que se lo traga y al tercer día lo vomita sano y salvo en la playa.

Podría verse también a Jonás como el que quiere vivir su vida atendido a sí mismo, una vida dentro de los límites de la razón con la medida que da la finitud, sin interferencias de una trascendencia que irrumpiera en la vida cambiándola de curso. Este Jonás sería una figura afín al occidental moderno que se emancipa de Dios. En esta interpretación la tempestad le hace ver a Jonás que Dios sí interviene en la vida, bien proponiendo, bien imponiéndose. La petición de Jonás a los tripulantes de la embarcación, que lo lancen al mar para aplacar a Dios y así a las aguas, indica que ha reconocido su pecado de rebelarse contra el que en verdad es soberano de todo. Por eso el pez sería el emisario del Soberano del mundo que manifiesta en él, ya arrepentido, una soberanía saludable. Y así, cuando nuevamente Dios lo envía a Nínive, escarmentado, obedece. ¿Es ésta la enseñanza del libro? De ningún modo. Si así fuera, sobrarían los dos últimos capítulos, y sin embargo, en el último está la clave.

¿Cuál es entonces la interpretación del libro? ¿Por qué no quiere ir Jonás a Nínive? Nínive, para los reinos de Israel y Judá y para los demás del medio oriente, simbolizó el imperio rampante y sin entrañas, el paradigma del mal, entendido como fuerza destructora. Baste una página brillante de Isaías para evocar el escalofrío de muerte que provocaba: "Mírenlo llegar ligero y veloz / Nadie se cansa, nadie tropieza / no se acuesta, no se duerme / no se descíñe el cinturón de los lomos / no se desata la correa de las sandalias / Sus saetas están aguzadas y todos los arcos tensos / las pezuñas de sus caballos son pedernal y las ruedas torbellinos / Su rugido es de león, ruge como los cachorros / gruñe y atrapa la presa, la retiene y nadie se la arranca" (5,26-29). Isaías pinta una máquina implacable de muerte. Por eso dice Habacuc: "su fuerza es su dios" (1,11).

Pues bien, frente a este fetiche sediento de sangre, Jonás representa a los humillados y ofendidos, a las ciudades asoladas, a los pueblos traste-rados, a los que se han sentido agredidos, violentados, privados de su sustancia, mediatizados por ese poder imperial. Jonás siente resentimiento. Jonás sólo sueña con el día del desquite o, viéndose sin fuerzas, el día en que Nínive corra la misma suerte que ha hecho correr a otros.

Jonás conoce a su Dios. Sabe que a su Dios le duele como a él tanta prepotencia y tanta devastación. Sabe que él no aprueba el proceder de Nínive ni menos aún está detrás de él impulsando su fuerza, dando anuencia a sus empresas. Sabe que su Dios es un Dios justo que aborrece la opresión, sabe que es un Dios humano que aborrece la soberbia y la violencia. Pero sabe también que, más aún que eso, es un Dios misericordioso, que no se complace con la muerte del impío, sino que quiere que se convierta y viva (Ez

18,23). Él no quiere la muerte de nadie (Ez 18,32) porque ha creado a cada ser por el amor que le tiene, porque es el amigo de la vida y porque manifiesta su omnipotencia no destruyendo sino perdonando (Sab 11,23-26).

Jonás sabe que Dios lo envía a anunciar que Nínive va a ser destruida precisamente para prevenirla y que se libere de la destrucción. Ésa es la razón por la que no quiere ir. Él no está de acuerdo con Dios, él no desea que Nínive se convierta. Él no quiere ser el artífice de la salvación de Nínive. Nínive no ha tenido misericordia de él, de su pueblo, ni de nadie. Él quiere que se le pague a Nínive con la misma moneda. Por eso huye de Dios.

Pedagogía divina

Huyendo de Dios, Jonás pone en peligro su vida y la de los demás. Como es un hombre recto, prefiere morir él y que se salven los demás. Huir de Dios es huir de la vida. Pero Dios no paga a Jonás con la misma moneda. Dios lo salva, como Jonás había salvado a la tripulación.

Jonás asume esa primera lección y va. No va a salvar a Nínive, pero sí va a obedecer a su Dios. Y al llegar a Nínive vuelve el antiguo resentimiento y proclama con toda la energía de que es capaz, con todo el deseo de su corazón, que va a ser destruida. Era lo que Dios quería. Los ninivitas estaban endurecidos en su vida prepotente e injusta. Era imprescindible esa voz descomunal, en la que hervían los odios y las amarguras de todos los pueblos mezclados con la prestancia que da Dios, para que se removiera esa costra de la ideología imperial, y llegaran a sentir la inminencia de la destrucción, y con ella su debilidad y su pecado.

Nínive, la gran metrópoli, era una ciudad enorme: tres días hacían falta

para recorrerla. Jonás anduvo por ella un día entero profiriendo su amenaza con voz de trueno. Al anochecer se retiró a una colina a esperar la intervención de Dios y el desplome. Pero la conminación del profeta surtió su efecto, el efecto previsto por Dios, y la gente empezó a acusarse de su injusticia y a pedir perdón a Dios. Enterado el rey, asumió ese sentir transformándolo en política de Estado. Se corta el consumismo, se promete acabar con la injusticia y se pide misericordia. Dios respira complacido por la mudanza y concede el perdón y con él la vida.

Jonás hizo una choza y se sentó a esperar el destino de la ciudad. La choza estaba protegida del sol del desierto por un frondoso tártago. Al percatarse de que la ciudad interrumpía su tránsito cotidiano para meditar en sus vidas y pedir perdón a Dios, sintió un disgusto enorme y se quejó a Dios amargamente: "¡Ah, Señor, ya me decía yo cuando estaba en mi tierra! Por algo me adelanté a huir a Tarsis; porque sé que eres un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso, que te arrepientes de las amenazas. Pues bien, quítame la vida, más vale morir que vivir" (4,2-3). He aquí en boca de Jonás la razón de su huida a Tarsis: él no quería artífice de la salvación del imperio odiado.

Dios no responde nada a su queja sino que hace brotar de la tierra a unos gusanos que se comen las hojas del tártago, quedando él con peligro de insolación. A Jonás, siempre sensible con la suerte de los esquilmados, le duele que esos gusanos implacables hayan acabado en una noche con tanto verdor, con tanta vida. Y desde su frustración, viendo como una ley de vida que los grandes siempre caen parados y que unos engordan a costa de esquilmar a otros, se desea nuevamente la muerte. Entonces sí le habla Dios: "Tú te apiadas de un tártago

que no te ha costado cultivar, que una noche brota y otra perece ¿y yo no voy a apiadarme de Nínive, la gran metrópoli, donde habitan más de ciento veinte mil seres humanos que no distinguen la mano derecha de la izquierda y también muchísimo ganado?" (4,10-11). Así acaba el libro.

Dios entiende las razones de Jonás y las respeta. Por eso no le replica nada. Más aún, Dios ve, como Jonás y más todavía, la opresión del imperio, oye los clamores de los subyugados y le duele la privación injusta y la mediatización de unos, y la deshumanización de los otros por su prepotencia e insensibilidad. Dios no sólo entiende a Jonás sino que comparte sus razones y sentimientos. Por eso, aunque él tiene otras (el deseo de que los opresores cambien de camino para que los perdone y vivan) que Jonás no comparte, las calla porque le parece que Jonás no está en condiciones de calibrarlas y menos aún de aceptarlas. Y sin embargo, encuentra otras que él sí puede aceptar. Jonás no quiso que la tripulación del barco donde iba muriera por su causa y descubrió su pecado y les pidió que lo arrojaran al mar para que se salvaran ellos; Jonás siente compasión por ese arbusto lozano que en una noche es esquilmado; Jonás está en condiciones de entender que Dios no quiera que perezcan tantos miles de niños, que no tienen culpa del carácter opresor de sus padres; incluso él puede aceptar que Dios, el Dios de la vida, no pueda querer esa terrible matanza de animales pacíficos y benéficos.

Dios no es como los imperios; él no es el dios de los dioses y el señor de los señores, el que se impone a los más poderosos con un poder mayor, del mismo género que ellos, aunque justo. Dios, el Dios del autor del libro de Jonás, no se impone a nadie por la fuerza. No vence sobre nadie. Aspira a convencer. A los opresores con ar-

gumentos muy gruesos, ya que su escasa humanidad no está para finuras. A personas aquilatadas por el trabajo y la humillación, con razones más sutiles: el respeto absoluto a la vida inocente e indefensa. Dios se revela así como el que toma en cuenta a cada uno, el que se pone en su pellejo y le argumenta desde su mundo de vida para llevarlos a todos a la superación de sus posiciones, a la aceptación mutua, a la convivencia justa.

Las parábolas no se aplican. Se exponen para que den qué pensar, para que nos dejemos afectar por ellas y saquemos las consecuencias. Que así sea.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO. MIEMBRO DEL CONSEJO DE SIC.